

## Un nido de prisiones

por María Negroni

La poesía es un *inutensilio*, escribió Paulo Leminski en su libro *Un signo incompleto*.

El neologismo es feliz. Proclama, con Wallace Stevens, que el único tema de la poesía es la poesía misma y con Gottfried Benn, aún más provocador, que los contenidos son meras “euforias” para ejercicios artísticos.

El poema comienza allí donde se ponen en pausa los datos del mundo, no para borrarlos, sino para volverlos legibles desde una historicidad más alta.

Se trata de percibir, como quería Edward Said, que la literatura solo empieza “cuando el arte no abdica de sus derechos en favor de la realidad, cuando ejerce las prerrogativas de la estética”, que el lenguaje se construye en torno a un hueco y que todo texto aspira a mostrar lo incompleto, lo fuera de lugar de nuestra condición.

Esta conciencia es crucial para quien escribe.

No sólo frente al Estado (que siempre quiere entender todo y fijar de una vez las ataduras entre significantes y significados), sino también frente al asedio de las agendas sociales que, aun siendo justas, acaban perdiendo su fuerza transgresora apenas el mercado —y otras instituciones culturales— las recogen, transformando la desavenencia en moda, la discrepancia en chances de lucro.

Para la sed pulsional del artista, el presente es un nido de prisiones.

La literatura nunca ha sido un medio eficaz de agitación.

Más bien, como decía James Joyce, es tan imprescindible como la heráldica o la numismática.

O como argumentó con sorna Juan José Saer:

“El poder político siempre imagina al arte como una dependencia de la Secretaría de Cultura. Pero el arte y la literatura no pueden jamás adherir a un sistema de pensamiento que se pretenda totalizador, en la medida en que eso está en contra de su modo peculiar de producción.”

Su modo peculiar de producción no es otra cosa que existir sin causas ni finalidades, en *estado de manera*.

Mario Montalbetti escribió este poema en su libro *Apolo Cupinisque*.

### ***El canto de las aves***

*El canto de las aves escondidas en el follaje  
Apenas alcanza las tres sílabas*

*Luego silencio*

*Luego otra vez alcanza las tres sílabas  
Luego silencio*

*Es la forma que tienen las aves de no decir nada  
Luego otra vez*

*Tres sílabas luego silencio y luego otra vez  
Es el canto de las aves escondidas en el follaje de los ficus*

*Tres sílabas silencio otra vez*

*Es la forma que tienen las aves*

*De no decir nada*

*Tres sílabas silencio tres sílabas*

*Pero el canto*

*Es hermoso y se repite regularmente al atardecer*

*Y luego otra vez*

*Y luego otra vez*

*Y no dice nada*

La sencillez del poema es engañosa. En un exiguo espacio donde sólo se escuchan sílabas de aves y silencios, Montalbetti expone una poética que se vuelve provocadora en la medida misma en que rehúye la provocación. El corolario es nítido: ningún deber, ningún mensaje es necesario; alcanza y sobra con el don irrenunciable de lo hermoso.

Esto no equivale a afirmar que no interese lo político.

Ni que la desdicha, las cóleras humanas, o las distorsiones brutales del mundo en que vivimos carezcan de importancia.

Hay una política en el lenguaje y una política en las pasiones.

Me gusta la manera en que lo formuló David Oubiña: no se trataría de narrar la política mediante la literatura, sino de “hacer política *en* la literatura (*adentro de la realidad textual* que se está creando), una militantización de la literatura que sería lo opuesto a una literatura militante”.

Joseph Brodsky observó, a propósito de Ossip Maldestam: “Fue su solvencia lingüística —su voz demasiado singular—, la que lo metió en líos, mucho más que su posición política”.

Yo agregaría que esa resistencia se ejerce desde lo inactual, desde lo que dice a destiempo la verdadera historia, enfrentándose a la lengua vigilante de la *realpolitik*.

Esto, en sí, ya es altamente volátil.

No conozco mejor antídoto contra el autoritarismo.